Km Cero

REVISTA CULTURAL SOBRE EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Septiembre 2021 • Número 152 • centrohistorico.cdmx.gob.mx

EJEMPLAR GRATUITO

Rastros
El zócalo capitalino

CentrArte
Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística

La casa de todos

La vivienda y el Centro Histórico

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD **INNOVADORA** Y DE **DERECHOS**

El Centro Histórico: nuestra casa en constante evolución

La ciudad de México es un cuerpo vivo. Y, como tal, no ha dejado de evolucionar, encontrarse con nuevos retos, redefinir el rumbo de su marcha y reafirmar las identidades diversas que la constituyen. Por eso mismo no puede ser estática y, al menos desde el siglo XVI, se encuentra en un proceso constante de reinvención, con numerosos momentos donde la reconstrucción ha sido aún más intensa.

La importancia de lo anterior se refleja de forma contundente en el tema de la vivienda, donde confluyen distintos aspectos, como la planeación urbana, los derechos sociales, los valores de la época, entre otros. En este número, invitamos a nuestros lectores a repasar algunos momentos del desarrollo de la vivienda en el Centro Histórico, que a su vez nos ayudan a percatarnos de la conquista de derechos sociales que ha acontecido a lo largo del tiempo en la ciudad.

Esperamos que lo disfruten.

Los editores

En portada
Vivienda en República de Brasil
POR ALEJANDRA CARBAJAL

En contraportada
El Centro ilustrado
POR GERARDO J. LEVY

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 13, NÚMERO 152. FECHA DE IMPRESIÓN: 24 DE AGOSTO DE 2021

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 10, 16, 17, 19, 20-24, 26-29), **Arturo García** (pp. 11-13, 15), **Gustavo Ruiz** (pp. 18, 19, 29) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Mariana Alcántara, Gil Camargo, Jetro Centeno Lara, Gerardo J. Levy, Arturo Reyes Fragoso, Alejandra Morales, Abida Ventura** y **Carlos Villasana** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974 55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escríbenos a **kmcerorevista@gmail.com** **KmCero.CentroHistorico** **@kmcerorevista** **fideicomisocentrocdmx**

SEPTIEMBRE 2021

02
Rastros
Zócalo verde

20
Centro en cocción
El Claustro de Sor Juana

26
CentrArte
Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística

08
A fondo
La vivienda y el Centro Histórico

06 Instantáneas

30 Cartelera

32 Niños

Un Zócalo verde

POR ABIDA VENTURA Y CARLOS VILLASANA

El Zócalo, a inicios de los años cincuenta

Hasta el siglo pasado, la Plaza de la Constitución tenía una estampa muy distinta a la que podemos encontrar en nuestros días. En aquellos momentos el sitio público más representativo del país contaba con vegetación, servicios de transporte y mobiliario urbano, como se narra en el presente texto.

El zócalo de la ciudad de México es sin duda la plaza más emblemática del país, tanto por su dimensión histórica como política. Caminar por sus cuarenta y seis mil metros cuadrados no fue siempre un paseo en una superficie de concreto, despoblada. Hasta hace unos setenta años, transitar por el corazón de la capital suponía también un paseo refrescante a la sombra de árboles y palmeras.

Todo inició hacia finales del siglo XIX, cuando la capital comenzó a tomar un aire afrancesado. La plaza principal era un punto de recreación para los capitalinos que paseaban por esos rumbos, así como para las personas que iban de paso para tomar el tranvía que partía desde ahí a diferentes partes de la ciudad.

El elemento central en este espacio era un quiosco, el primero en llegar a México desde Francia y cuya fama pronto se esparció a todas las plazas del país. La pieza fue un regalo que el famoso empresario e industrial Antonio Escandón hizo a la ciudad. Fabricado por la empresa Méry Picard-Ingénieur Constructeur en París, el quiosco fue instalado en 1878 y pronto se convirtió en el punto de encuentro y de recreación con la Catedral Metropolitana y al Palacio Nacional como testigos. Su éxito fue tal que, desde entonces, las principales plazas de importantes ciudades mexicanas tuvieron su propio quiosco.

A la llegada de Venustiano Carranza a la capital y al comenzar una nueva era, el quiosco fue desmantelado, aunque su historia no terminó ahí. De acuerdo con algunos documentos, el conjunto, que incluía también algunas bancas de fierro, fue regalado al general constitucionalista Francisco Mariel Careta. El prominente comerciante de Huejutla llevó todo este mobiliario a su pueblo natal en el estado de Hidalgo. Algunas fuentes aseguran que ahí se encontraba hasta 1938, aunque en la actualidad el quiosco luce muy diferente al original.

En 2017, arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia realizaron trabajos de salvamento arqueológico en la Plaza de la Constitución como parte del proyecto de rehabilitación. Pudieron documentar el basamento del monumento que el presidente Antonio López de Santa Anna quiso construir para conmemorar la Independencia y que le dio nombre informal a la plaza (no olvidemos que oficialmente se llama Plaza de la Constitución), así como algunos elementos arquitectónicos de la base del famoso quiosco, el cual fue colocado sobre el zócalo.

Además de este conocido quiosco, en las orillas de este parque arbolado, a finales del siglo XIX, había otro que contaba con baños públicos y era utilizado por quienes visitaban los jardines o por quienes iban de paso a tomar el tranvía. Su nombre era Kiosco sanitario.

A lo largo del siglo xx, el Zócalo sufrió diversas transformaciones tanto en el mobiliario como en la vegetación. Para finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, del toque afrancesado que lucía pasó a tomar un aire californiano cuando le sembraron palmeras. Esto respondió a un proyecto urbano impulsado por el presidente Miguel Alemán, quien quiso replicar la vegetación tropical de Los Ángeles en la Ciudad de México. Ante esto, el entonces regente del Departamento del Distrito Federal, Fernando Casas Alemán, mandó plantar estos árboles en plazas, glorietas y camellones de la capital.

En el Zócalo, los jardines alojaban estas esbeltas plantas que enmarcaban a la Catedral Metropolitana y a Palacio Nacional en un escenario tropical. Parte de esta vegetación todavía sobrevive en colonias como Lindavista, Narvarte y Jardín Balbuena.

¿Qué pasó entonces con aquel jardín verde que había en el Zócalo?

A finales de los cincuenta, como parte de un proyecto de reordenamiento urbano –un acto que actualmente podríamos calificar como ecocidio–, el controvertido «Regente de Hierro», Ernesto P. Uruchurtu, mandó retirar las fuentes, el mobiliario y toda la vegetación del área para dejar una explanada abierta, tal como luce hasta ahora.

Historiadores aseguran que la decisión de retirar los jardines respondió a la idea del regente de que, tener una explanada limpia, sin vegetación que estropeara la vista, era sinónimo de limpieza. En la actualidad, este emblemático y concurrido espacio sigue siendo un punto de encuentro obligado y sede de grandes eventos sociales o políticos.

Con el paso de los años, y ante la cada vez más recurrente iniciativa mundial de impulsar la creación y preservación de los espacios verdes en zonas urbanas plagadas de edificios, ¿no podría plantearse la posibilidad de devolverle algo de vegetación a nuestra plaza? ¿De regresarle el color a la llamada «plancha» e infundirle más vida?

Hasta inicios del siglo XX, la plaza pública más emblemática del país contaba con vegetación.

◂ Tranvías Zócalo

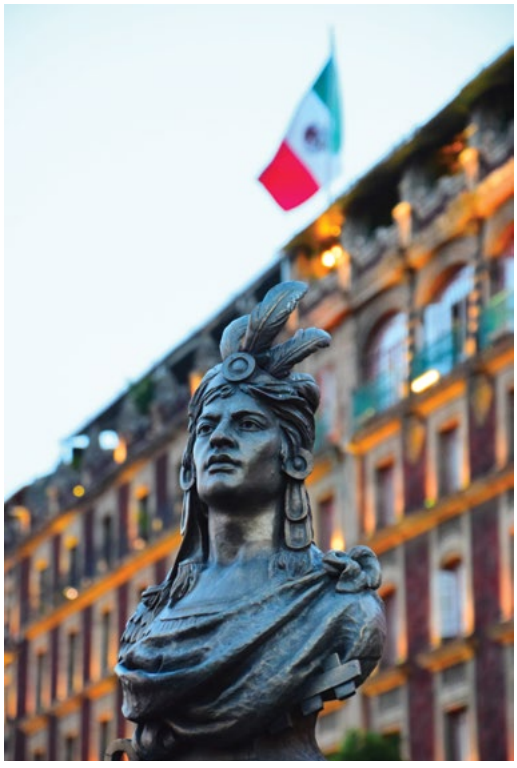
El Zócalo, años cuarenta

Catedral Metropolitana, años cuarenta

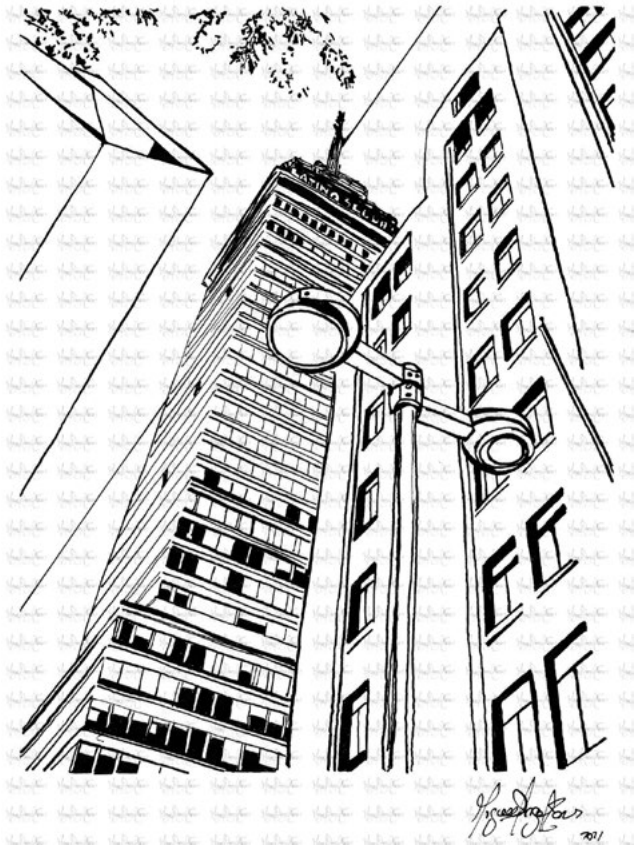
La imagen del día

Una casa es una máquina para vivir.

Le Corbusier

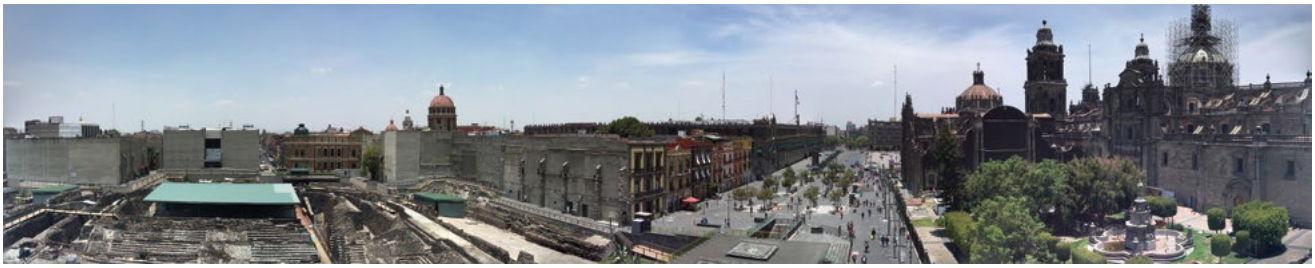


Cuauhtémoc, César Antonio Serrano Camargo



Dibujo 2, Miguel Ángel Rosas

Santo Domingo, Gustavo Emilio Elías Tagle



Raíces, Elvira Zúñiga

Cabalgando a la luna, Francisco Parra

Bellas Artes, Óscar Muñoz

La otra Merced, Jesús Silva

¿Quieres ver tu foto publicada
como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico
con un título a kmcerorevistach@gmail.com
o a través de nuestras redes sociales:

@kmcerorevista
KmCero.CentroHistorico

Toma aérea de vivienda (Cortesía de la Procuraduría Social)

La dimensión habitacional del Centro Histórico

POR JETRO CENTENO LARA

Avenida Juárez, 1985.
Colección Carlos Villasana

Los sismos de 1985 y 2017 influyeron en la dinámica urbana del Centro Histórico.

Gante y Venustiano Carranza, *ca.* 1986. Colección Carlos Villasana

En la historia reciente de la Ciudad de México, el mes de septiembre está marcado, de manera inevitable, con el recuerdo de dos sismos que calaron de manera profunda en la vida urbana. Ambos acontecieron el día 19 de dicho mes. El primero sacudió a la capital el año de 1985, mientras que el segundo lo hizo en 2017. En este lapso, de poco más de tres décadas, la ciudad vivió transformaciones radicales, muchas de las cuales se relacionan con la situación de la vivienda. No podría ser de otra manera, si consideramos el crecimiento en la población (con los complejos fenómenos que esto acarrea), así como la necesidad de reconstrucción después de las afectaciones causadas por los mencionados terremotos.

Edificio La Gaona en Bucareli.

A decir verdad, sería necesario relativizar el tema de la reconstrucción de la ciudad. O, para decirlo con otras palabras: la ciudad ha experimentado una dualidad. Por un lado, ha tenido distintos periodos de reconstrucción intensa, que han marcado algunas de sus etapas clave. Hay varios ejemplos sumamente relevantes al respecto, como lo que sucedió después de 1521, cuando comenzó a realizarse la traza formal de la ciudad, luego de la guerra de conquista, o lo que aconteció en el siglo XIX, después de que se promulgaron las Leyes de Reforma, por las cuales muchos antiguos edificios se demolieron y en su lugar, en un lapso en realidad breve, surgieron calles, plazas y otras construcciones civiles, mientras que antiguas edificaciones fueron adaptadas a sus nuevos usos (de ese momento datan algunos multifamiliares, que aparecieron cuando ciertos predios se fraccionaron).

Por otro lado, también es cierto que la reconstrucción ha sido permanente, porque esta ciudad se distingue en ese sentido por su constante reinvención, que si a veces da pie a lamentos por las pérdidas, también nos ha permitido una evolución constante del patrimonio y una reconfiguración que la mantiene con vida.

Como Patrimonio de la Humanidad, el Centro Histórico de la Ciudad de México cuenta con una dimensión habitacional, además de sus inmuebles de alto valor cultural.

Palacio del Ayuntamiento

Un Centro Histórico en movimiento

En su área de aproximadamente diez kilómetros cuadrados, el Centro Histórico de la Ciudad de México conserva una cantidad bastante cuantiosa de inmuebles con alto valor patrimonial, que datan desde la etapa prehispánica de la ciudad hasta nuestros días, pasando por su etapa virreinal, las construcciones decimonónicas y la modernidad del siglo XX. Templos, palacios, colegios, plazas, parques, museos, recintos civiles, monumentos, entre otros, definen buena parte de la identidad urbana de esta zona, que fue reconocida por decreto presidencial en abril de 1980 y, siete años después, elevada a Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco.

Tener esto en mente es fundamental por la siguiente razón. En las últimas décadas, ha existido una tendencia en muchas partes del mundo a «recuperar» los cascos antiguos de las ciudades, poner énfasis en su mantenimiento, salvaguardar sus atractivos turísticos e incluso convertirlos en punta de lanza de la actividad económica para varios sectores.

Sin embargo, como ha mencionado el importante arquitecto holandés Rem Koolhaas, el riesgo de esta tendencia es ahondar en las divisiones entre una ciudad «formal» y otra «informal», haciendo que los centros históricos se vayan convirtiendo en una «ciudad museo», lo que termina por influir negativamente en las dinámicas propias de cualquier urbanización viva.

Justo por eso es interesante poner en contexto el Centro Histórico de la Ciudad de México. Si bien es cierto que cuenta con auténticos emblemas arquitectónicos, culturales, religiosos, educativos, etcétera –como la Catedral y el Sagrario, el Palacio Nacional, el Templo Mayor, el edificio del Ayuntamiento–, también mantiene su gran dinamismo en otros aspectos, como el comercial; sin contar con que es una zona de la ciudad que hasta nuestros días mantiene sus importantes usos habitacionales.

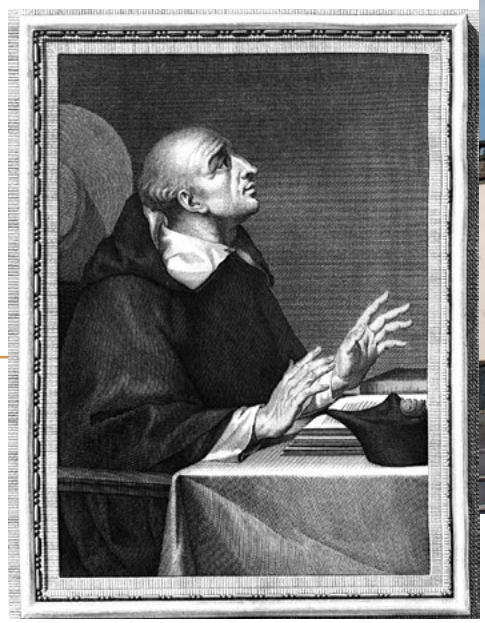
Esto último es de gran relevancia no solo por sí mismo, sino porque en los hechos ayuda a que el resto del patrimonio pueda ser conservado. Existen numerosos ejemplos de sitios que terminan más afectados –con problemas que van desde la gentrificación hasta el deterioro de servicios– porque las comunidades de residentes migran a otras partes de la ciudad y las zonas quedan deshabitadas. En contraste, el uso constante del espacio público y los perfiles mixtos de los sitios (comerciales, habitacionales, culturales, recreativos, etcétera) favorecen la *conservación patrimonial activa*. Y, además, ponen en primer plano otro aspecto de gran relevancia, es decir, *el ejercicio del derecho a la ciudad*.

Templo de la Santísima

Portadilla original de la primera crónica novohispana

La vivienda virreinal

Poco más de tres décadas después de la caída de Tenochtitlan, Francisco Cervantes y Salazar publicó un volumen que es considerado como el primer informe escrito acerca de la ciudad novohispana, cuyo relato ya nos sitúa en un momento distinto al de los llamados cronistas de Indias, quienes nos legaron su admiración por la ciudad prehispánica que se extendía ante sus ojos. En las páginas de *México en 1554. Tres diálogos latinos*, Cervantes y Salazar construyó un vívido retrato de una ciudad que apenas iba adquiriendo sus rasgos identitarios, experimentando una transición entre las costumbres militares de sus primeros gobernantes españoles y la creación de una nueva cultura mestiza, que influía en todos los órdenes.



Juan Barcelón, *Retrato de fray Juan de Torquemada, ca*. 1791

Templo de la Santísima

Y esto lo deja bien asentado al presentarnos cómo eran las casas de los antiguos conquistadores, que estaban fortificadas («así convino hacerlas al principio –nos dice–, cuando eran muchos los enemigos, ya que no se podía resguardar la ciudad, ciñéndola de torres y murallas»).

> Zamora: ¿Qué te parecen las casas que tienen a ambos lados, puestas con tanto orden y tan alineadas, que no se desvían ni un ápice?
> Alfaro: Todas son magníficas y hechas a gran costa, cual corresponde a vecinos tan nobles y opulentos.

Cervantes y Salazar –quien, por cierto, vivía por la actual calle de Zapata, enfrente de donde se levanta el Templo de la Santísima– abunda en su descripción: «las jambas y dinteles no son de ladrillo u otro material vil, sino de grandes piedras colocadas con arte: sobre la puerta están las armas de sus dueños. Los techos son planos, y en las cornisas asoman unos canales de madera o barro, por donde cae el agua llovediza».

Ya para el siglo XVII, los cronistas nos hablan de viviendas que han dejado atrás definitivamente sus rasgos de fortificación. En las páginas de *Monarquía indiana*, fray Juan de Torquemada nos dice que las casas son «grandes y altas, con muchas ventanas rasgadas, balcones y rejas de hierro con grandes primores». Según datos de Porfirio Sanz Camañes, para esta época había alrededor de veinticinco mil construcciones para una población de aproximadamente cincuenta mil personas.

Patio de la casa de Manzanares 25, vivienda del siglo XVI

El patio era uno de los elementos principales en la vivienda virreinal, pues en torno a él confluían las distintas labores domésticas. En él se generaban distintas formas de socialización y convergían lo público y lo privado.

Estas viviendas eran solo de uno o dos pisos. Y Thomas Gage, el militar y viajero inglés que estuvo en la ciudad, aduce que esto se debía a «los terremotos frecuentes que se padecen en aquel clima». Estas construcciones tenían en el patio un elemento primordial, pues en torno a él confluían todas las actividades domésticas. Habría que recordar que en aquel momento las casas no cumplían únicamente funciones habitacionales, sino que también eran espacios para almacenar granos, realizar labores artesanales y otro tipo de actividades productivas. Por lo que el patio, como dice la historiadora Eulalia Ribera Carbó, funcionaba «como un perfecto engranaje entre lo público y lo privado, entre la precaria privacía de lo doméstico en aquel tiempo y el intenso ajetreo callejero también característico del antiguo régimen. Muchas de las construcciones, ricas o pobres, contaban con un segundo patio, si no es que con varios más articulados por pasillos, y todos definían conjuntamente las sociabilidades entre las múltiples funciones de la casa».

Pero, como resulta obvio, no todos en la ciudad podían ser propietarios de este tipo de viviendas. ¿Qué sucedía en esos casos? En *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*, Pilar Gonzalbo Aizpuru habla de cómo la Iglesia era propietaria de una buena cantidad de edificios en la ciudad, que solía rentar a pequeños artesanos y comerciantes con sus familias. Una modalidad de vivienda que, tiempo después, se fue transformando en lo que conocemos como vecindades, donde se reúnen varias familias en un mismo predio, alternando algunos espacios privados con otros compartidos, propicios para desarrollar la vida comunal, lo que a la postre sentó las bases para etapas posteriores de la vivienda en la ciudad.

La época del porfiriato

El papel de la Iglesia fue importante para la urbanización de aquellos años. Hasta antes de las Leyes de Reforma –promulgadas entre 1855 y 1863–, la Iglesia era dueña de más de

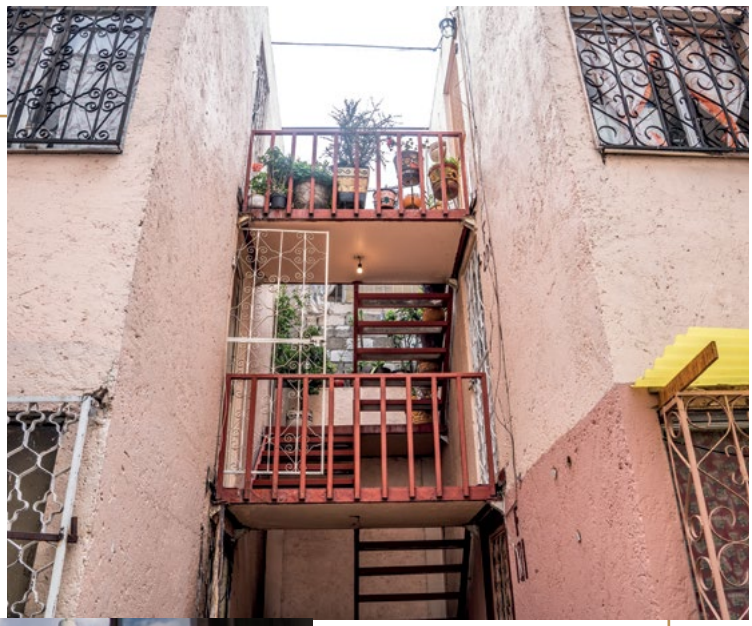
Callejón Mariana Rodríguez del Toro

Tacuba

sesenta por ciento de las propiedades de la ciudad, lo que generó que la ciudad fuera expandiéndose hacia el norte, el sur y el oriente de la Plaza Mayor. Cuenta el investigador Alejandro Suárez Pareyón que la zona con mayor densidad de población por vivienda se ubicaba por la actual calle de República de Uruguay. Otras zonas notables en este sentido estaban al oriente del Palacio Nacional y en la parte norte de la calle de Tacuba.

Y, en general, el México independiente significó para la Ciudad de México un incremento importante en sus pobladores. Entre el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX la población fue relativamente constante, pero luego se experimentó un crecimiento considerable. Según el mismo Suárez Pareyón, hacia 1772 la ciudad tenía ciento doce mil habitantes, pero en 1852 ya alcanzaba los doscientos mil. Una tendencia que no cesó con el paso de las décadas.

En gran medida esto nos ayuda a explicarnos por qué, cuando el país comenzó a estabilizarse, ya en la época del porfiriato, en la Ciudad de México la demanda de vivienda siguió en aumento. Lo que trajo, entre otras, dos consecuencias de largo aliento para la vida urbana. La primera de ellas es el cambio de tipología en la vivienda y las lógicas que se empleaban en su construcción; la segunda es que, ya en la recta final del siglo XIX, la ciudad comenzó a mirar a otros terrenos más allá del Centro Histórico, con las primeras «colonias», como se les empezó a nombrar a los barrios nacientes en rumbos como San Rafael (cuyo primer nombre fue Colonia de los Arquitectos), Santa María la Ribera (que creció a partir de la primera Colonia de los Azulejos, detrás de la casa de Mascarones, en el antiguo barrio de San Cosme), Tabacalera, etcétera.



República de Chile

República de Brasil

En cuanto a la primera transformación, uno de los cambios notables es que las dimensiones de las nuevas viviendas dejaron atrás ya la lógica de los enormes predios de la ciudad virreinal. Si en una casa virreinal podía vivir una especie de familia «extendida» (integrada también por el personal de servicio e incluso algunos trabajadores de talleres), en el porfiriato las dimensiones de la vivienda se concentraron más en la familia «nuclear». Por ello gradualmente las construcciones fueron pasando de las casas con patio central (en ocasiones más de uno) a las primeras casas simplificadas y, posteriormente, a los departamentos, que hasta la actualidad siguen siendo la forma predominante de vivienda. Algo que también trae consecuencias para los espacios públicos: si anteriormente buena parte de la socialización acontecía en los patios, a partir de esta nueva etapa se hizo más evidente la necesidad de crear dichos espacios.

En consonancia con la ideología del porfiriato, la nueva vivienda no resultó necesariamente inclusiva, pues más que contemplar a algunos sectores sociales desfavorecidos

Pintura mural de Daniel Manrique (1999) que retrata la vida comunal en el Centro (instalaciones de la Procuraduría Social)

se concentró sobre todo en nuevas clases emergentes con cierto poder adquisitivo. Algunos ejemplos al respecto los encontramos sobre la avenida Balderas, los cuales aún se mantienen en pie. Aquí se desarrollaron conjuntos habitacionales que tenían una primera función: hospedar a las delegaciones diplomáticas que estaban invitadas a las celebraciones por el primer centenario de la Independencia, en 1910, ya en vísperas de los estallidos que dieron pie a la Revolución y posteriormente fueron habitados por familias. Es importante recalcar que estos conjuntos aún cumplen sus funciones como viviendas.

Por esa misma zona, pero ya fuera del área del Centro Histórico, se construyeron también los primeros departamentos por desarrolladores privados, como los que diseñó el arquitecto Thomas S. Gore en la colonia Juárez (por la actual calle de Roma, casi esquina con Paseo de la Reforma).

El siglo xx y la vivienda social

Al concluir la Revolución mexicana, comienza un necesario proceso de estabilización social, que en buena medida está marcado por el cambio de un país rural a uno altamente urbanizado. Consecuencia de todo este proceso es un incremento considerable de la población en la capital, que migra desde distintas regiones del país, con necesidades de vivienda.

En este contexto, y por la vocación de los primeros gobiernos surgidos del proceso revolucionario, se impuso una visión que condujo a la primera vivienda social. Según datos de las investigadoras Judith Villavicencio Blanco y Ana María Durán Contreras, entre 1932 y 1934 el gobierno de la ciudad desarrolló los primeros proyectos de vivienda social (ciento ocho viviendas para obreros y doscientos cinco para maestros). Entre las décadas de los cuarenta y los ochenta se fueron extendiendo estas construcciones, aunque en su gran mayoría quedaron fuera de los límites del Centro Histórico. Una de las más ambiociosas y prototípicas –no únicamente para la ciudad, sino incluso a nivel mundial– la constituye el conjunto urbano Nonoalco-Tlatelolco, realizado por el arquitecto Mario Pani a finales de la década de los cincuenta.

En el Centro Histórico hubo un importante impulso a la vivienda social, en especial luego del sismo de 1985, que dejó a más de ciento cincuenta mil damnificados. Poco más de ocho mil quinientos predios donde hubo derrumbes fueron aprovechados para construir nuevos conjuntos habitacionales, mediante el Programa Emergente de Renovación Habitacional, que se decretó en octubre de 1985. Se preveía construir más de cuarenta mil viviendas. Algunas de estas construcciones se establecieron en áreas como La Merced, República de Brasil y otros puntos del Centro Histórico.

Vivienda y derechos sociales en el Centro Histórico

Los sismos de septiembre de 2017 no tuvieron un impacto tan drástico para el Centro Histórico como el que sucedió tres décadas atrás. Sin embargo, sí hubo zonas e inmuebles afectados. Sin ir más lejos, dos de las estatuas diseñadas por Manuel Tolsá en 1813 (la Fe y la Caridad) tuvieron que ser retiradas de la Catedral Metropolitana porque presentaron daños.

Sin embargo, la cuestión de la vivienda en el Centro no solo necesita atención ante eventos catastróficos. También es indispensable dar mantenimiento a los distintos servicios de infraestructura. Detrás de esto hay una concepción que no podemos perder de vista: en la historia de la ciudad, el derecho a la vivienda no se ha limitado a conseguir simplemente un sitio donde guarecerse, sino que al menos desde la etapa de las reformas borbónicas, a finales del siglo XVIII, hasta nuestros días, ha habido un continuo proceso de derecho a la ciudad que implica servicios dignos, aun sin desconocer que, como en cualquier entramado urbano, siempre se presentan problemas, retos y limitaciones.

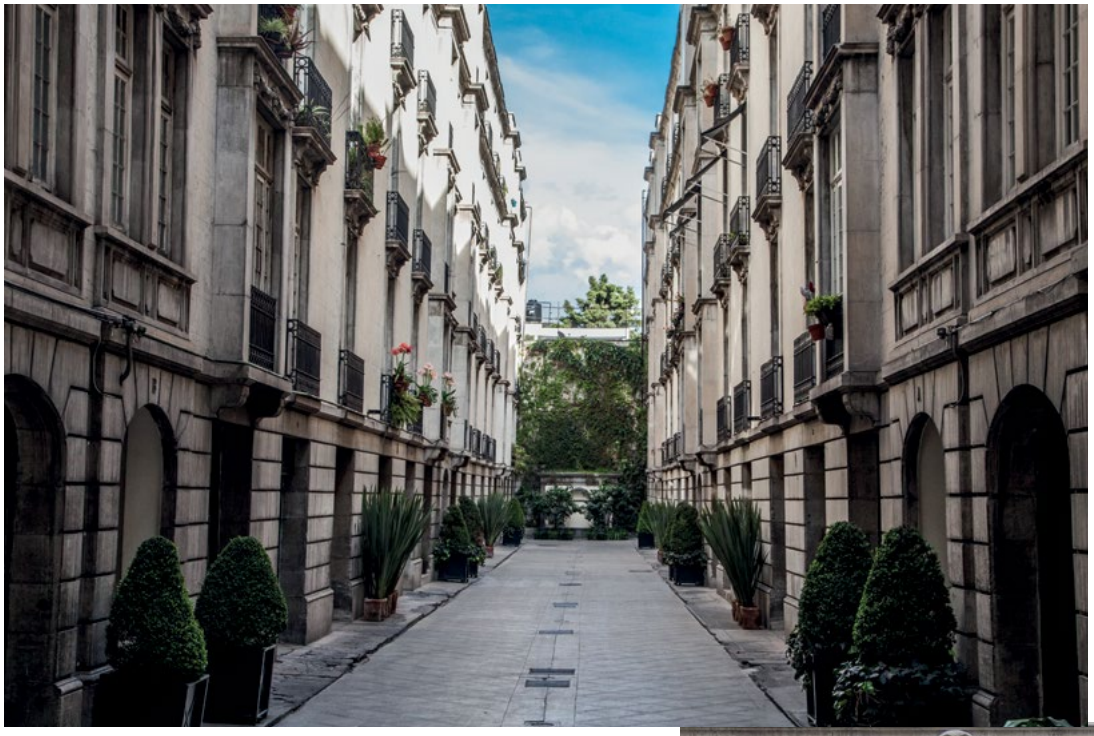
Además, esta perspectiva enfatiza la idea de que la vivienda conlleva una serie de relaciones sociales y formas de vida al servicio de las comunidades. Los servicios necesarios para vivir –como el drenaje, el alumbrado eléctrico, etcétera– dejan de ser vistos como algo opcional y pasan a formar parte de los derechos de todos.

En este renglón cabe mencionar que, durante la actual administración de la ciudad, existen programas ambiciosos que apuestan por reconstruir el tejido social del Centro Histórico con la vivienda como uno de los ejes principales. Y, en este contexto, vivienda no significa únicamente un techo y cuatro paredes, sino una posibilidad de vida individual, familiar y comunitaria con un nivel de bienestar como base para el libre desenvolvimiento social.

Uno de los aspectos más destacados, en este sentido, es el programa social Rescate Innovador Participativo en Unidades Habitacionales, a cargo de la Procuraduría Social. Este programa está orientado a apoyar la vivienda social en aspectos de rehabilitación, reconstrucción, mantenimiento de infraestructura e innovación de áreas de interés común. Pero quizá lo más interesante es que no se limita tan solo a los aspectos materiales de los inmuebles, sino que pone énfasis en el orden y los derechos vecinales, promoviendo la organización condominal, regularizando la situación de los inquilinos de la vivienda social e incentivando las relaciones de corresponsabilidad entre las autoridades y la población.

Vivienda en la calle Pedro Moreno

En el Centro Histórico se han atendido distintos predios en calles como República de Chile, Corregidora, Nezahualcóyotl, Mesones, Bucareli, San Ildefonso, Luis Moya, María Rodríguez del Toro, entre muchas otras, que suman hasta ahora trescientas treinta y tres mil viviendas, donde residen un millón ciento treinta y dos mil doscientas tres personas.



Edificio Vizcaya en Bucareli

La vivienda digna no solo implica la habitación física, sino los servicios y la infraestructura como derechos sociales.

Edificio La Mascota en Bucareli

Esto resulta fundamental justo por lo que apuntamos desde un inicio: son las comunidades, con el desarrollo pleno de sus formas de vida, quienes tienen en sus manos la oportunidad de hacer que una zona de alto valor patrimonial, como el Centro Histórico, se mantenga viva por y para la gente, ayudando a que sus calles, sus tradiciones, sus expresiones e incluso sus problemas sigan siendo lo que durante siglos enteros han significado: la casa de todos.

El convento de San Jerónimo y su aspecto culinario

POR ARTURO REYES FRAGOSO

Uno de los intereses más importantes de Sor Juana Inés de la Cruz fueron las artes gastronómicas, cuyas tradiciones resguardó con su privilegiada pluma.

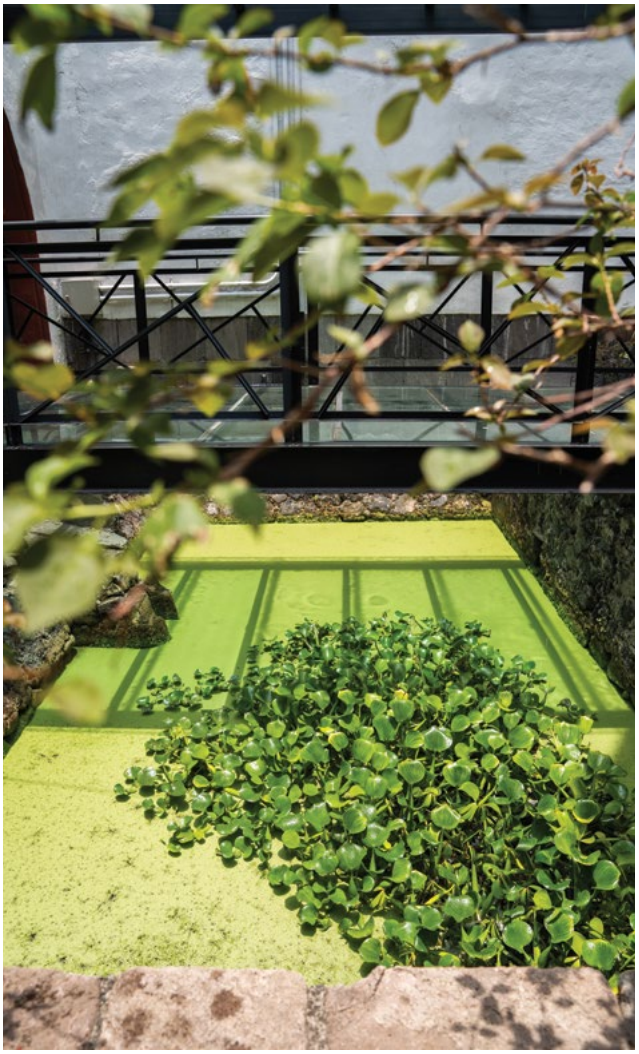
La inactividad escolar propiciada por la emergencia sanitaria le imprimió al antiguo convento de San Jerónimo una apacibilidad similar a la que debió respirar dentro del inmueble su más ilustre habitante: Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). A esto ayuda la profunda restauración a la que fue sometido el inmueble durante los años setenta, para devolverle el esplendor arquitectónico a la actual Universidad del Claustro de Sor Juana, que había pasado por etapas muy diversas luego de que, tras las Leyes de Reforma, exclaustraran a sus ocupantes.

Por lo anterior, las antiguas celdas y los espacios consagrados pasaron a convertirse en cuartos de vecindad, en accesorias comerciales y hasta en un cabaret (el Smyrna Dancing Club), que tenía decoración de utilería para emular la atmósfera de *Las mil y una noches*.

Domicilio privilegiado

En el siglo XVII, la ubicación del claustro podía considerarse privilegiada dentro de una capital de la Nueva España aún rodeada por las aguas del lago de Texcoco –explica la doctora Lourdes Aguilar Salas, catedrática de la institución–, pues tenía un sistema de canales que le suministraban agua desde la fuente del Salto del Agua, a su vez alimentada por el acueducto que corría desde los manantiales del cerro de Chapultepec –en el recinto aún subsisten rastros de dichas instalaciones, aunque sin duda posteriores, como un aljibe y ciertos tramos del antiguo drenaje.

#ElClaustro



Por la zona de la actual 5 de Febrero se asentaron numerosas panaderías tradicionales.

La actual calle de Isabel la Católica era conocida como la calle de la Montserrata, una importante vialidad donde se instalaban las panaderías de la ciudad, las cuales requerían de abundante agua para su funcionamiento, mientras que en la calle 5 de Febrero (antes de la Monterilla), otra de las vialidades que delimitan el claustro, operaban algunos locales que surtían de carne a los habitantes de la capital de la Nueva España.

La extensión original del convento de San Jerónimo, estimada en doce mil metros cuadrados, le permitía contar con su propia huerta, granero –habilitado con grandes redes colgadas del techo, a manera de hamacas, para resguardar las semillas de los roedores–, y panadería con su propio horno.

El resto de los suministros requeridos por sus ocupantes se surtían por medio de una puerta de madera giratoria conocida como torno, el cual permitía su introducción sin que pudiera apreciarse el interior del lugar, resguardando la privacidad de las habitantes de los denominados conventos de clausura. La especialista consultada señala su ubicación en la calle de Regina, entonces llamada Tornito de Regina, esquina con Isabel la Católica.

La persona a cargo se llamaba tornera, equivalente a portera; tenía que ser una persona de absoluta confianza, que no robara, que no fuera melindrosa ni se comiera las cosas. La misma Sor Juana llegó a encargarse de designar a las personas encargadas de dicha función, así como de la administración de viandas y medicinas para todas sus hermanas, en su calidad de priora.

Los investigadores no logran ponerse de acuerdo en lo que concierne a la ubicación del refectorio –término con el que se asigna al comedor o la sala de comer– del claustro durante la época de Sor Juana. La doctora Lourdes Aguilar estima que se localizaba en el área del Gran Claustro, donde también estaban el huerto, los patios de luces (necesarios para la ventilación del lugar donde almacenaban los alimentos) y las celdas principales, incluida la de Sor Juana, de la que se exhibe un ataúd que resguarda sus atribuidos restos, en el coro bajo del convento, desde el año de 2015.

Lírica y recetas

«Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito», se lee en *Respuesta a sor Filotea*, uno de los escritos más afamados de la monja jerónima, donde refleja cómo sus intereses abarcaron la cocina, «un lugar armonioso de saberes» o laboratorio gastronómico, a decir de la entrevistada. No solo su poesía se encuentra ligada a la cocina, añade, sino que a los versos y piezas teatrales que acostumbraba obsequiar a virreyes, virreinas y benefactores, solía acompañarlos con diademas de nuez, zapaticos blancos y pastillas de menta, entre otros dulces y postres.

Existe un recetario atribuido a la autora de *Inundación castálida*, con la recopilación de treinta y seis recetas tradicionales novohispanas. Se encontró en un cuadernillo manuscrito, elaborado con papel del siglo XVIII (se pudo datar por la composición de su filigrana), que se hallaba en propiedad del erudito Joaquín Cortina. Estudios paleográficos dictaminaron que esta copia se basaba en otro manuscrito elaborado un siglo antes por la Décima Musa.

Publicado por primera vez en 1979, existen varias ediciones del recetario, la más reciente incluida en *Sor Juana en la cocina* (Planeta, 2021), de la escritora Mónica Lavín y Ana Benítez, investigadora del Claustro de Sor Juana, ya fallecida, quien se dio a la tarea de «traducir» sus términos y medidas coloniales a equivalentes contemporáneos, para que el lector común pueda llevarlas a la práctica. Al igual que muchas recetas virreinales, diversos postres incluidos en el recetario todavía son preparados cotidianamente, con algunas adecuaciones marcadas por el paso del tiempo, como los «antes» –llamados así por consumirse previo al plato fuerte–, ahora conocidos como ates e igualmente elaborados con guayaba, membrillo y otras frutas.

También siguen preparándose la jericaya y la versión contemporánea del *bienmesabe*, un arroz con leche de textura y sabor más concentrado, tanto por la cantidad de yemas de huevo utilizadas como por llevar su ingrediente principal molido, con lo cual se logra una textura similar a una *crème brûlée*.

Por su parte, los estudiantes de gastronomía del Claustro suelen elaborar los platillos basados en el hoy famoso recetario. Algunas preparaciones llegan a encontrarse disponibles en la carta de Zéfiro, el restaurante-escuela operado por sus alumnos y profesores, existente en la calle de Regina (cerrado temporalmente por la pandemia).

Receta
Bienmesabe

A un real de leche claco de arroz remolido, id. de almidón, 10 yemas, todo a punto de revuelve y endulza y luego que esté punto, echa agua de azahar. Habiéndolo meneado sin césar desde que se pone se echa en un plato y canela por encima.

Ingredientes

4 litros de leche
2 tazas de azúcar
1 taza de arroz
1 taza de almidón o maicena
10 yemas
½ taza de agua de azahar
2 rajas de canela

Modo de preparar

Remoje el arroz en un litro de leche desde el día anterior, muela con el almidón en la licuadora y hierva el resto de la leche con el azúcar hasta que reduzca a la mitad. Tome un poco de esta y licúe las yemas; incorpore las yemas y el arroz molido y cocine hasta que espese o tome punto de cajeta. Ponga en un platón y deje enfriar. Espolvoree con la canela molida.

Tomado de *Sor Juana en la cocina*

ALTAMIRANO
BENITO JUAREZ

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA

POR ALEJANDRA MORALES

Esta institución, cuya sede se encuentra en la calle de Justo Sierra, tiene la misión de difundir el conocimiento científico y es una de las más longevas en todo el mundo.

En septiembre de 1821 se consumó el proceso de Independencia, que puso fin a una larga y compleja etapa iniciada por las primeras tropas insurgentes desde 1810. En aquel momento se abrió la posibilidad de que la nación definiera cuál sería el curso que tomaría en su nueva etapa autónoma. Pero la tarea no era nada sencilla. La guerra de Independencia tuvo como consecuencia la inestabilidad en distintas esferas de la vida económica, política y social. Así que una de las primeras necesidades para volver a encauzar todo consistía en entender bien cuál era realmente la situación del país para reorganizarlo.

En este contexto, resultaba fundamental impulsar la actividad científica y agruparla en torno a estos objetivos comunes. En especial si consideramos que, a diferencia de lo que sucede ahora, en aquella época las universidades y los colegios estaban enfocados en su labor docente, no en la investigación. Esto explica por qué en el siglo XIX, tanto en México como en otros países, se formaron tertulias, cenáculos y grupos de discusión en los que se socializaban las creaciones literarias, las reflexiones políticas y los avances científicos. Las academias y las sociedades surgen en dicho escenario.

En el año de 1833, bajo la dirección de Valentín Gómez Farías, se fundó el Instituto Mexicano de Geografía y Estadística con dos objetivos concretos: llevar a cabo un levantamiento cartográfico del país y realizar trabajos estadísticos. De acuerdo con la investigadora Luz Fernanda Azuela, dicho instituto «se erigió en la primera entidad que organizó la investigación científica en México, mientras operaba como el único cuerpo institucional para el desarrollo y la práctica de la geografía en el país». Su carácter pionero va aún más allá de nuestras fronteras, pues es la primera agrupación de su tipo en el continente americano.

Operó con este nombre hasta 1839, año en que se transformó en la Comisión de Estadística Militar, pues sus tareas se volvieron indispensables para asegurar el control del territorio nacional, en especial ante la amenaza de conflicto con otros países (como la invasión del ejército de Estados Unidos, pocos años después). Con el nombre que mantiene hasta la actualidad se le conoce desde 1850 (solo más tarde adquirió los adjetivos de ilustre y benemérita).

A pesar de su nombre, a lo largo de los años, en la sociedad se han desarrollado contribuciones a esferas del conocimiento que van más allá de los estudios geográficos y estadísticos, con un enfoque que ahora podríamos calificar de interdisciplinario: desde la geología, la meteorología, la sismología, las matemáticas y la botánica hasta la literatura, la filología, la historia, la antropología y la sicología.

Hasta cierto punto esto se explica porque en aquella época había pocas publicaciones dedicadas a la difusión de las novedades en diversas áreas del conocimiento. Y la sociedad contó desde 1839 con el *Boletín del Instituto Nacional de Geografía y Estadística*, cuyo primer editor fue Justo Gómez de la Cortina. Por si fuera poco, este proyecto editorial fue bastante longevo, a pesar de que durante varias décadas del siglo XIX el país estuvo sumido en conflictos, tanto civiles como con otras naciones.

Reconocer el importante papel que esta sociedad tuvo durante la etapa de formación nacional no debe hacernos perder de vista una cosa: que no se trata de una institución de tiempos pasados, sino que aún continúa viva y forma parte de la vida cultural del país, ofreciendo conferencias, sesiones académicas, talleres y exposiciones (que, por ahora, se están realizando solo por plataformas digitales). Además, cumple la importante función de resguardar parte del patrimonio documental, pues su acervo se compone de los libros de la biblioteca Benito Juárez, la mapoteca Antonio García Cubas, así como una fototeca y el lienzo del Códice de Jucutacato. Ahora parte esencial de estos tesoros –como distintos mapas históricos de México o documentación sobre exploraciones arqueológicas en el siglo xix, entre otros– se encuentra en formato digital, con lo cual se amplía la atención a docentes, investigadores, estudiantes y público en general.

Actualmente, la sede de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se encuentra en la calle Justo Sierra, en

la zona donde se extendió el llamado Barrio Universitario. Es un edificio que data del siglo XVII, el cual fue habitado por Gerónimo Gutiérrez de Montealegre, quien también llegó a desempeñarse como Oficial de Justicia del Santo Oficio y corregidor. Por esta razón, a este tramo se le conoció como calle de Montealegre.

Posteriormente siguió funcionando como espacio residencial privado, hasta que finalmente fue adquirido por las autoridades en 1906, con el propósito de ser acondicionado para ser oficinas de algunas dependencias del Poder Judicial, hasta 1930. En ese momento el edificio experimentó importantes trabajos de remozamientos y ampliaciones, que le valieron ser considerado como monumento nacional en febrero de 1931. En esa misma época se convirtió en la sede de la Sociedad, función que ha cumplido hasta la fecha, con sucesivas renovaciones que han permitido que la institución científica más añeja de todo el continente americano continúe con su labor centenaria.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (Justo Sierra 19). FB: @smge1833

Durante el sismo de septiembre de 2017, colapsaron el techo de uno de los salones y el entrepiso de una de las crujías frontales. Además de estos daños, el edificio presentaba otros problemas propios del paso del tiempo y requería mantenimiento.

El Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México intervino para preservar este edificio de gran valor patrimonial y salvaguardar su acervo documental, con una inversión de $6,399,281.55, provenientes del Programa Nacional de Reconstrucción.

Los trabajos consistieron en retirar materiales de la zona afectada, reintegrar los sistemas de losas de azoteas y entrepisos, consolidar muros y elementos estructurales, renovar instalaciones hidráulicas, sanitarias y pluviales, además de reparar daños por humedad e impermeabilizar para asegurar la estabilidad del inmueble.

Estas labores fueron realizadas por una empresa con experiencia en restauración en inmuebles catalogados como monumentos históricos, bajo la supervisión de la Coordinación de Desarrollo Inmobiliario del FCH y la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH.

Foto: cortesía Museo Nacional de Arte

Símbolo y reino. Tres grandes colecciones novohispanas

La Secretaría de Cultura y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, en conjunto con el Museo Nacional de Arte, presentan *Símbolo y reino. Tres grandes colecciones novohispanas*, exposición conformada por setenta obras de la época que indagan el lenguaje simbólico que se utilizaba en el mundo virreinal, inspiradas en la religión, las tradiciones y las narraciones.

Esta muestra une piezas de dos colecciones públicas y una privada (Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec; Museo Nacional de Arte y Museo Soumaya). Aquí verás trabajos de emblemáticos artistas del periodo novohispano como Andrés de Concha, Miguel Cabrera, Cristóbal de Villalpando, Juan Rodríguez Juárez, Luis Juárez, Baltasar de Echave Orio y Antonio Rodríguez, seleccionados por los curadores Francesca Conti, Héctor Palhares y Erandi Rubio.

La exposición está dividida en cinco núcleos (De coronas, rosas y espadas; De bondad y malignidad; De libros y saberes; De ajuares e hilos; y De encuentros y sincretismos) que nos permiten conocer más acerca de los simbolismos y las representaciones civiles y religiosas; el bien y el mal; los conocimientos y la vida piadosa; las vestimentas y su jerarquía, así como el mestizaje entre las razas indígenas y los europeos que se dio en la Nueva España.

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). Martes a domingo, 10 a 17:30 horas. $60. Domingos gratis.

Foto: cortesía Centro de la imagen

Concebir, decir, nombrar

Además de ser uno de los acervos más importantes del país, ya que resguarda miles de imágenes de gran importancia, el Centro de la Imagen cuenta con una oferta educativa para la creación de imágenes estáticas y en movimiento, sin olvidar su oferta cultural. En 2019, presentó el Seminario de Producción Fotográfica, en el que diecinueve personas generaron contenidos de septiembre de 2019 a mayo de 2020.

Con el propósito de mostrar la obra que se generó durante este seminario, el Centro de la Imagen anuncia la exposición *Concebir, decir, nombrar*, con los trabajos de Fernanda Acosta, Lucía Aiello, Daniel Almeida, Javier Anaya, Hugo Arellanes, Valeria Arendar, Gastón Bailó, Melina Cisneros, Nayeli Cruz, Rodrigo Jardón Gal, Anna Korotkova, Lle, Eréndira Gómez, Hanna Quevedo, Xanath Ramo Vázquez, Benjamín W. Rogers, Gabriela Elena Suárez, Zaira María y Paulina Zamora.

Concebir, decir, nombrar está dividida en cuatro ejes: Cuerpo, Archivo, Género y Geografías. Cada uno de los cuales transita entre el registro, casi de realismo documental, donde los artistas, con la tutela de Nirvana Paz y Óscar Farfán, se acercaron a momentos de la realidad para capturar y compartir con nosotros la importancia de generar imágenes que perduren por años.

Centro de la Imagen (Plaza de la Ciudadela 2). Martes a domingo, 11 a 17 horas. Gratis. Hasta el 12 de septiembre.

Foto: cortesía Centro Cultural de España

Proyecto 1. Cine

Como ya es costumbre, el Centro Cultural de España en México funciona como puente de dos vías para el intercambio cultural entre ambas naciones. Esta vez presenta *Proyecto 1. Cine*, con obras de cineastas y artistas visuales españoles que residen en México, enfocados en mostrar diferentes técnicas y formatos, sobre todo contemporáneos.

Este proyecto comenzó en agosto de 2021 y terminará en febrero de 2022. Cada mes presentarán el trabajo de un artista y charlas con el público en las hablarán de su trabajo. Como línea curatorial, *Proyecto 1. Cine* eligió cineastas que nacieron entre 1970 y 2000, indagando el trabajo de españoles que dejaron su país para producir su obra desde otras latitudes durante este periodo.

El artista que abrirá este ciclo es Sergi Pedro Ros con su *Laberinto Yo'eme*, un documental sobre la tribu yaqui de Sonora y los retos a los que se enfrentan, como las sequías causadas por la construcción del Acueducto Independencia. Los invitados se anuncian al inicio de cada mes y las actividades por ahora son presenciales.

.....

Centro Cultural España en México (República de Guatemala 18). Gratis. Hasta el 10 de febrero de 2022.

Foto: cortesía Museo Memoria y Tolerancia

LGBT+ Allá del arcoíris

A propósito del Mes del Orgullo LGBTTTIQ+ desde el pasado mes de junio, el Museo Memoria y Tolerancia difunde la exposición *LGBT+ Allá del arcoíris*, en la que aborda la importancia del respeto, la diversidad y la tolerancia para hacernos reflexionar sobre las interacciones entre seres humanos y promover la convivencia.

En sus seis salas, divididas en dos pisos, se tocan temas básicos para entender la diversidad en la que vivimos. La exposición nos recibe con una habitación pintada de dos colores; una mitad es rosa y otra es azul, haciendo referencia al género que se nos otorga cuando nacemos, pero al pasar la puerta de en medio, podemos ver un arcoíris que representa las diversidad sexual de la comunidad LGBTTTIQ+.

Infografías, fotografías, investigaciones y testimonios nos ayudan a desmentir los prejuicios que han dejado miles de muertos en el país, ya que la homofobia, la transfobia, la lesbofobia y la bifobia han vulnerado los derechos humanos de los mexicanos y se han convertido en comunidades en riesgo.

.....

Museo Memoria y Tolerancia (Luis Moya 12). Martes a viernes, 9 a 18 horas; sábado y domingo, 10 a 19 horas. $69. Hasta el 31 de octubre.

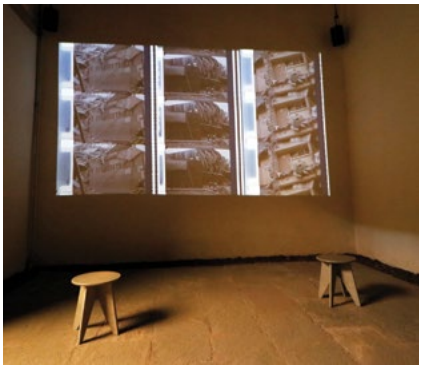


Foto: cortesía Secretaría de Cultura

Fotogramas de la Ciudad

A través de una pieza audiovisual los cineastas Santiago Núñez y Soledad Violeta exponen distintas épocas de la urbe en *Fotogramas de la ciudad*, que se presenta en el Museo de la Ciudad de México.

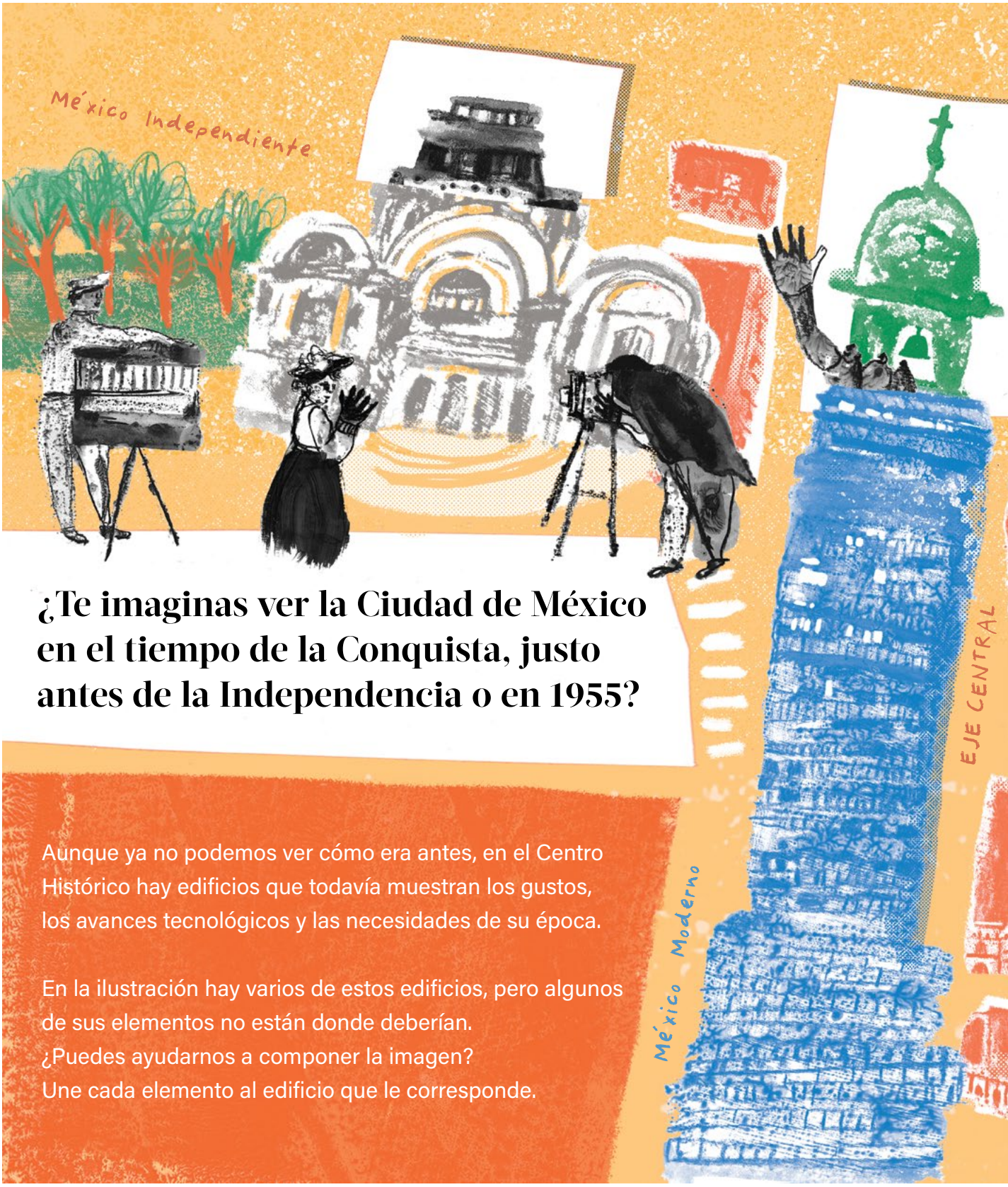
La exposición tiene como objetivo hacer evidente el dinamismo que ha experimentado la ciudad con sus cambios a través del tiempo. Mediante un juego de transiciones de fotogramas empleados como un símil de las transformaciones que nunca han cesado de realizarse en la urbe, los realizadores nos invitan a reflexionar acerca de la representación cinematográfica de la ciudad, generando vivencias que se añaden al imaginario colectivo.

Para construir su propuesta estética recurrieron al acervo fílmico de la Escuela Nacional de Artes haciendo uso de fotogramas de diferentes materiales y de distintas épocas.

.....

Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). Martes a domingo, 11 a 17 horas.

POR MARIANA ALCÁNTARA



¿Te imaginas ver la Ciudad de México en el tiempo de la Conquista, justo antes de la Independencia o en 1955?

Aunque ya no podemos ver cómo era antes, en el Centro Histórico hay edificios que todavía muestran los gustos, los avances tecnológicos y las necesidades de su época.

En la ilustración hay varios de estos edificios, pero algunos de sus elementos no están donde deberían.
¿Puedes ayudarnos a componer la imagen?
Une cada elemento al edificio que le corresponde.

DONCELES
CORREO MAYOR
Época Virreinal
3:27
LATINOAMERICANA
Época Prehispánica